

tiendo que en una situación como aquella cedería y obedecería á su padre sin resistencia, Cristián respondió por fin al « ¿ por qué no ? » de Donadiou :

« Sí, pero tú eres libre; tú no tienes familia. »

Y aquel día Cristián Lescuyer, á pesar de los deseos que le devoraban, entró en su casa reconquistado por la cordura provinciana y horrorizado ante el pensamiento de echarse una querida.

Ocho días después, tenía una.

VI

El encuentro se verificó del modo más vulgar.

Una noche Cristián Lescuyer acompañó á los normandos á su café y en el momento en que Mulot acababa de hacer un magnífico pasabola, se presentó su querida, la gran Clarisa, con una amiga.

¿ Bonita ? No para todo el mundo y mucho menos para aquellos jóvenes palurdos mal devastados, á quienes gustaba encontrar en las mejillas de sus amigas los colores de la manzana. Pero Cristián quedó repentinamente prendado de aquella morenilla de fino perfil, cutis pálido, peinada modestamente y que tenía con su vestido negro algo de golondrina.

Mientras Mulot, que estaba de vena, realizaba una serie de recodos y de retrocesos, Cristián ofreció un refresco á las jóvenes y les hizo galantemente compañía.

Ante los tres sodas, Clarisa, sin hacer gran caso del joven, continuó describiendo á su amiga un cuerpo que se estaba haciendo. Pero la morenilla tenía más mundo y para hacer la conversación general preguntó sin transición á Cristián de qué país era. La pregunta no tenía nada de particular, pero fué hecha con voz dulce y con una intención cortés que agradaron al estudiante. Entraron en conversación y Cristián, que interrogó á su vez á la joven, supo de su boca que se llamaba Perrinette Forgeat, que había cumplido veintidós años en la última estación de las lilas y que era florista. En vano Clarisa, sin abandonar su idea fija, trató de volver á su célebre cuerpo « á lo zuavo, como el que tenía la emperatriz en la última fotografía ». Su amiga la escuchaba con distracción. Ahora bien, la gran Clarisa, mujer de experiencia, sabía que solamente dos asuntos de conversación interesan á las de su sexo : los trajes y el amor. Para que Perrinette manifestase tanta indiferencia por una cuestión de trapos, era preciso que estuviese repentinamente encaprichada por el estudiante, en lo que, realmente, no veía mal alguno. Por el contrario, cedió al irresistible instinto de su sexo, que impulsa á las señoras más respetables y de más alta clase á unir á los amantes.

« Oigan ustedes, dijo, son más de las once... Conozco á Mulot y sé que no dejará el billar hasta que el dueño apague el gas, sin consultarle. Así, señor Cristián, sería usted muy amable si acompañase á Perrinette, que vive á mil leguas, allá, á lo último de la calle de Ulm...

— ¡ Pues no faltaba más ! ¡ Con el mayor placer, si esta señorita lo permite !

— Se lo agradecería mucho, caballero. Mi barrio es tan solitario...

Cristián se levantó con gran solicitud, y ella se puso los guantes, con la mirada modestamente fija en el suelo. Pero ante aquellas maneras reservadas, Clarisa sonreía con sorna y cuando salieron exclamó :

« ¡ Estos chicos ! » y alzó los hombros con un aire de indulgencia, por decirlo así, nupcial.

Realmente no estaba tan lejos la calle de Ulm. Los jóvenes no tenían más que subir las de Monsieur-le-Prince y Soufflot. Pero anduvieron lentamente, dichosos al encontrarse juntos en aquella tibia noche de Junio, y se pusieron á charlar. Supongo que no tendrán ustedes la pretensión indiscreta de que les repita su conversación, que, por otra parte, no interesaría á nadie. Lo que se dicen los amantes es encantador para ellos, pero resulta para los demás bastante aburrido. Si Cris-

tián se sintió conmovido por la pregunta de Perrinette: « Así pues, caballero, usted estudia para juez » fué por que se la hizo asestándole unos bonitos ojos que brillaban de simpatía á la luz de la luna. Y si el corazón de Perrinette palpité dulcemente cuando el estudiante respondió: « Sí, señorita, voy á hacer el primer examen del doctorado » fué que la voz del joven temblaba de emoción, no justificada en modo alguno por aquel dato biográfico sin importancia.

¿Qué se dijeron? Las estrellas del firmamento deben tener las orejas caídas después del tiempo que llevan mirando hacia abajo para ver pasar jóvenes parejas. Pero preciso es creer que la conversación de ésta era muy apasionada, pues los jóvenes olvidaron el camino y, llegados á la plaza del Panteón, se pusieron á dar vueltas, lentamente, en torno del enorme monumento. ¿Qué se dijeron? De seguro fué algo muy íntimo y muy tierno, pues delante de la alcaldía del quinto distrito el brazo de Cristián rodeó el talle de Perrinette. Algunos momentos después los vetustos edificios del liceo de Enrique IV vieron la cabeza de la joven reclinarse sobre el hombro del estudiante. Enfrente del pórtico de San Esteban del Monte sus bocas se encontraron por primera vez; y habían ya cambiado tantos besos

como nombres de escritores ilustres hay inscritos en la fachada de la Biblioteca de Santa Genoveva, cuando el dichoso Cristián, en presencia de las severas columnas de la Escuela de Derecho, vencía los últimos escrúpulos de la muchacha y la conducía — ¡oh! á buen paso ya — á su hotel de la calle de Racine.

Cristián Lescuyer tenía, pues, una querida. ¿La amaba? Sí, con toda la fuerza, con todo el ardor de sus deseos largo tiempo refrenados. Y en un joven que no es brutal no hay goces sensuales sin que se mezcle con ellos un poco de ternura. El corazón se engaña y se cree preso. Aun después de los momentos de voluptuosa efusión, Cristián encontraba encantadora y estaba orgulloso al ver colgada de su brazo á aquella linda muchacha de vivacidades de pájaro, ignorante, pero sin estupidez, siempre decentemente vestida y con un resto de adorable pudor, á pesar de su loca existencia. ¿Amaba Cristián á aquella joven? Así se lo decía de muy buena fe y sabía murmurar á su oído palabras dulces y sinceras... por el momento, que le henchían el corazón de una emoción deliciosa. Perrinette, á su vez ¿estaba verdaderamente enamorada de Cristián? Mucho más, de seguro, que de sus anteriores amantes — media docena ya — con los

que había desperdiciado su juventud. Era tan cariñoso, tan delicado, que ni por un armario de espejo, su ambición suprema, le hubiera engañado. Había, sin embargo, en ella la falta de ilusión, la precoz experiencia de una muchacha del pueblo que se entrega á un hijo de buena familia. Sabía muy bien que esas dichas no duran más que un espacio de tiempo nunca largo, y preveía la separación cercana sin entristecerse por adelantado, con la inconsciente cordura de las almas sencillas. Amaba, eso sí, á Cristián todo lo que ella podía amar. Cuando sus compañeras de taller la veían sonreír silenciosamente y preguntaban: «¿ En qué piensas? » la joven respondía: « En nada » pero pensaba en él. ¿ Qué vale, sin embargo, un sentimiento que no tiene seguridad, ni aun esperanza, de duración? »

Se veían todas las noches y tomaron la costumbre de recorrer, los domingos, los alrededores de París, solos al principio, y después con Donadieu y su querida, á los que Cristián presentó la suya. Las dos mujeres se agradaron. La rubia Eloísa, alta y gruesa, á quien sus relaciones serias con el escultor daban más aplomo, se mostró buena y maternal y tomó bajo su protección á la menuda Perrinette, algo intimidada al principio. Entonces empezaron las partidas de

campo en las lanchas de alquiler, al lado de los sauces del *Bas-Meudon* y bajo los emparrados en que se come pescado frito en mesas siempre visitadas por las hormigas, y los largos paseos por los campos sembrados, durante los cuales las mujeres hacían ramilletes de flores campestres y los hombres, en mangas de camisa, la americana al hombre y los zapatos blancos de polvo, tomaban la delantera por el camino bañado de sol.

El provinciano, el hijo del severo magistrado de Caén, estaba enteramente emancipado.

No hacía ciertamente locuras, pues Perrinette era una querida desinteresada, una de esas hadas parisienses que ganan con sus manos de artista todo lo que necesitan; un poco de adorno y otro poco de comida fiambre. La obrera pasaba el día completo en el taller, de modo que Cristián tenía tiempo de trabajar y trabajaba. No era ni costosa ni molesta, la florista. Cristián, sin embargo, educado en una atmósfera de temor, se estremecía como un chiquillo ante el pensamiento de que un día se presentase en su cuarto, en el que se veían esparcidas las enaguas de Perrinette, el terrible magistrado, con su corbata siberiana y sus cejas de sentencia de muerte.

Donadieu, al que había confiado inocentemente sus temores, se burlaba de él á todas horas.

« ¡Tu papá! ¡Tu papá! » decía el escultor cuando estaban los dos instalados con sus amigas en la terraza de un café del *boulevard Saint-Michel*.

Y todos soltaban la carcajada ante el brusco sobresalto y los ojos espantados de Cristián.

Á todo esto, llegó la época de las vacaciones que llamaban por tres meses al estudiante á su pueblo natal, para volver por Todos los Santos y pasar aún un invierno en París.

« Hasta la vuelta » dijo al abrazar á Perrinette, que fué á despedirle á la estación.

Pero una vez solo en el vagón fué presa de los sentimientos más contradictorios. ¿Podría esperar de su querida tres meses de fidelidad? ¡Bah! no era tan tonto. Y, sin embargo, la muchacha le amaba. Muy franca, nada coqueta, ¿le había dado alguna vez motivos de sospecha? ¡Pero tres meses de ausencia son tan largos! Le inquietaba el pensamiento de que pudiera engañarle y le entristecía, porque la quería bien; y sufriendo al mismo tiempo en su sensibilidad y en su amor propio, allá en el fondo, muy en el fondo de sí mismo, aceptaba, sin embargo, y casi deseaba esa solución, — que le engañase, que le olvidase, no volverla á ver — dominado de nuevo por los escrúpulos de hijo respetuoso é intimidado.

Cristián encontró las cosas y las personas de Caén perfectamente conservadas en la inmovilidad de la provincia. La casa de la calle de los Carmelitas estaba más mohosa y más reumática que nunca. Los mascarones de la fachada hicieron al joven su más agresiva mueca de mal recibimiento, y, sobre todo, la cabeza de hombre barbudo esculpida sobre la puerta de la escalinata, le enseñó su lengua de piedra con manifiesta malevolencia. En medio de sus recopilaciones de iniquidades legales el viejo magistrado, invirtiendo en su corbata blanca como un buque encallado en los hielos del polo Norte, se dignó, sin embargo, levantarse á la llegada de su hijo y le dió en la frente un beso que le puso carne de gallina. Aquella misma tarde dió, en honor del estudiante, una lúgubre comida á algunos colegas, que felicitaron á Cristián con sonrisas forzadas y que parecían estar reunidos más para presidir un suplicio que para comer un pavo trufado.

Bajo las borrascas de un lluvioso mes de septiembre, Cristián volvió á sus antiguas costumbres, recorrió todos los días el paseo Caffarelli, y acompañó á su padre, los domingos, á las prácticas religiosas de la iglesia de San Juan, donde encontró de nuevo las largas narices y el sempiterno catarro del señor Gigolet. En casa de la señora Leger

Taburet, á la que hacían como en otro tiempo sus visitas periódicas, el terciopelo de Utrech de los muebles en forma de lira estaba un poco más ajado que el año anterior, y la señorita Camila no se había embellecido. Cristián no reparó, en su primera visita, el rubor de que se cubrieron las mejillas de la joven, y ni siquiera se informó de su padre acerca del proyectado matrimonio. En las recepciones de la vieja avara, el estudiante oyó las mismas fruslerías de siempre, los mismos anatemas á los tocados exagerados y al modo de ser de la prefecta, las mismas condolencias por el mal aspecto de la cosecha de manzana.

Durante aquellos tres meses de continencia y de fastidio, el joven vivió solamente para los recuerdos de su existencia, monótona pero libre, del barrio Latino. Recordó los buenos ratos que pasaba en el estudio de Donadieu fumando cigarrillos y oyendo las divertidas y pintorescas improvisaciones á que se entregaba el artista sin dejar de echar rápidas ojeadas al modelo desnudo. Pero, sobre todo, echó de menos á Perrinette.

Hasta tal punto que la escribió y con verdadera emoción recibió la respuesta de la florista. La letra y la ortografía eran dignas de una cuenta de la lavandera. Pero ¡ con cuánta alegría expre-

saba su inocente satisfacción al ver que el joven no la había olvidado ! Bien podían estar toscamente escritos los « mil besos » que terminaban la carta ; no por eso dejaron de inflamar la sangre ni de turbar el sueño del amante desterrado, que se puso á contar los días de ausencia que le faltaban.

Así fué que la noche de su llegada á París, cuando Cristián y Perrinette, que había ido á esperarle á la estación, se encerraron en el número « veintitrés » del *Hotel de Bayeux y de la Plata*, ¡ no fué abrazo el que se dieron ! El cupido dorado del reloj de sobremesa debió al florido sombrero que la joven le había colocado en la cabeza, el no ver cosas más que interesantes.

« ¿ Es cierto ? ¿ No me has sido infiel ? ¿ Me lo juras ? »

La muchacha juraba — y no en vano, por grande excepción — y él, crédulo y enternecido, casi lloraba.

Al día siguiente por la mañana fueron á convidar á almorzar á Donadieu, á quien encontraron en su estudio-cuadra, sin fuego, á pesar del frío de Noviembre, ocupado en formar un boceto y muy melancólico.

Su *Hombre del Trofeo* había obtenido en la última exposición un éxito notable, pero enteramente platónico. El artista se encontraba en un

momento de negra miseria y, sin embargo, la administración de Bellas Artes acababa de encargarle, á título de estímulo, un bajorrelieve alegórico para una de las salas del Tribunal de cuentas, sobre este asunto poco sugestivo: « Lo Contencioso ».

« ¡ Y he aceptado ! » dijo encolerizado el escultor, sacudiendo las manos que se acababa de lavar en un cubo de agua. Debía seis meses al carnero, y mi pobre Eloísa, que se ha salido del taller á fin de servirme de modelo para mi *Dafnis* de la próxima exposición y que se rompe los ojos cosiendo hasta media noche para el *Bon Marché*, va vestida de percal en Noviembre... He aceptado... Pero ¿ qué diablos quiere esa gente que yo les haga con su Contencioso? Seguramente un señor en cueros con aire aburrido... ¡ Y tendré que expresar esto en sus biceps y en sus rodillas!... ¡ Ah! ¡ Qué perro oficio !

En este momento se presentó Eloísa con su vestido viejo y de verano, pero con aspecto tan animado y tal bondad en la mirada, que el mal humor del artista se disipó de repente.

« ¡ Buenos días, señorita Alegría ! dijo á la hermosa rubia en cuanto apareció en el umbral. ¡ Buenos días, señorita Esperanza ! Es excusado ir hoy á comprar el litro de diez y seis y las chu-

letas en salsa ; el señor paga y en un *restaurant* elegante, con rollos de manteca que llevan grabada una vaca, y con botellas de vino añejo, sinceras y auténticas, sin telarañas postizas y sin que se escape de ellas una mosca al destaparlas.

El artista recobró su facundia. Almorzaron en un gabinete particular y á cada ocurrencia de « su cielo » la buena Eloísa reía á carcajadas. Pero á los postres, Cristián, al que la sentimental Perriette tenía una mano cogida entre las suyas y que se creía en aquel momento muy enamorado de la florista, pensó en sus adentros que el escultor y su compañera eran demasiado ruidosos y demasiado alegres para enamorados y juzgó que su propio sentimiento era de una naturaleza mucho más fina y distinguida. Le fastidiaba ver aquella gruesa rubia apretándose las caderas de risa ante la última gracia de Donadieu, que acababa de plantarse en la barba todos los palillos de dientes é imitaba la mueca de un dios salvaje. No hacían ambos más que darse sonoros besos de ama de cría, ¡ qué ordinariéz ! Y el estudiante estrechaba tierna y amorosamente, debajo de la mesa, la mano de su amada.

Á pesar de todo, lo que aquel joven razonable, de corazón un poco seco, tomaba por amor, no era sino cierta especie de gratitud voluptuosa, de

expansión de la carne satisfecha. Los que se amaban de veras eran aquellos dos buenos muchachos que, sin juramentos y sin frases, se habían entregado el uno al otro, probablemente para toda la vida, y se ayudaban mutuamente á llevar la carga de la miseria con sencillo y alegre valor. ¿Que eran algo vulgares? Convenido; pero había en ellos corazón; mientras que usted, señor estudiante de veinticinco alfileres, ¿qué hará usted de Perrinette una vez obtenido el grado de doctor?

V

El invierno pasó sin incidente digno de mención. Cristián trabajaba con ardor y dos ó tres veces á la semana la visita de la florista sorprendía al cupido de la chimenea, en cuyo mármol había siempre una profusión de horquillas de la joven.

La primavera y los primeros meses del verano volvieron á encontrar á los amantes en sus paseos á los alrededores y en sus comidas en los merenderos de columpios. Cristián se había encasquetado su borla de doctor y era llegado el momento de volver á Caén. Había que romper con Perrinette. El viejo Lescuyer, encantado con el éxito de su hijo ante la Facultad, había tenido un rasgo de generosidad y le había enviado dos billetes de mil francos, previendo que, en realidad, habría que liquidar algunas cuentas atrasadas, tras una estancia de dos años en París. Pero aquel padre